REPERTORIO LIRICO-DRAMATICO
ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS
DE C. DE R. Y COMPAÑIA.

CARNIOLI.

(SEGUNDA PARTE DE DALILA.)

DRAMA EN SEIS CUADROS ORIGINAL

DE

D. JOSÉ MARÍA DIAZ,

representado en 24 de diciembre de 1857 en el teatro del Príncipe.

Precio 8 rs.

MADRID
Imprenta de Julian Peña,
Lope de Vega, 26.

1857.

CARNIOLI.

DRAMA ORIGINAL EN SEIS CUADROS.

(SEGUNDA PARTE DE DALILA.)

SU AUTOR

D. JOSÉ MARÍA DIAZ.

MADRID
Imprenta de Julian Peña,
Lope de Vega, 26.

1857.

PERSONAGES.	ACTORES.
ELEONORA, PRINCESA FALCONIERI.	D.ª J. Palma.
LADY WILSON.	D.ª F. Tutor.
ANDREA.	D.ª M. Bagá.
MARQUESA DE.....	D.ª J. Ossorio.
CLEMENTINA	D.ª E. Nestan.
MISS MORTON	D. T. Lopez.
SERTORIO, *maestro de música.*	D. A. Pizarroso.
PAOLO MARIA.	D. M. Ossorio.
CARNIOLI	D. F. Ossorio.
GUILLERMO.	D. E. Aguirre.
EL BARON DE WORILOFF.	D. J. Olona.
LORD ARTURO.	D. E. Mario.
MISTER KENEDY	D. P. Sobrado.
JHONSON	D. R. Guzman.
OCTAVIO.	D. R. Izquierdo.

CABALLEROS, MONTAÑESAS Y MONTAÑESES.

Los cinco primeros cuadros en Viena, el sesto en la quinta de Sertorio.

AL Sr. D. JOSÉ ABASCAL Y CARREDANO,

La amistad, la gratitud y el cariño de

JOSE MARIA DIAZ.

CUADRO PRIMERO.

Gabinete:—Jardin en el fondo.—Montañas á lo léjos: estátuas, fuentes.

ESCENA PRIMERA.

MISS MORTON.—JHONSON.

JHONSON. Limpiad los muebles: Milady va á llegar y sabeis, por esperiencia, cuanto la enoja quien no cumple puntualmente con sus deberes.
MISS MORTON. Mejor que en amonestarme, harias en tener enjaezado el caballo de milord. Ya sabeis, por esperiencia tambien, que milord es mozo de carácter violento y de una viveza natural que asombra.
JHONSON. Creo, Mis Morton, que milord, de algunos dias á esta parte, anda cabizbajo y reflexivo.
MISS MORTON. Paréceme que la recienvenida, con sus ojos negros y melancólicos, ha conseguido de milord que abandone sus antiguas costumbres.
JHONSON. Todo pudiera ser.
MISS MORTON. Silencio: los forasteros.

ESCENA II.

SERTORIO.—ANDREA.—GUILLERMO.—MISS MORTON.—JHONSON.

SERTORIO. ¿Y la silla de postas?
JHONSON. Con los caballos enganchados.
SERTORIO. Muchas gracias.
(*A una señal de Sertorio se retiran Miss Morton y Jhonson.*)

ESCENA III.

SERTORIO.—ANDREA Y GUILLERMO.

ANDREA. ¿Qué, al fin os vais?
SERTORIO. Sí, hija mia: no transijo con esta sociedad, tan

alegre como insustancial, tan indiferente como bulliciosa. No son las suyas mis costumbres. A mí me gusta la luz del sol, pero me gusta cuando me sorprende arrodillado junto al sepulcro de mi hija; yo escucho sin temor el rudo viento de las montañas, pero es cuando inclina los cipreces sobre el blanco y solitario mármol que encierra sus cenizas.

Andrea. ¡Padre mio!

Sertorio. Perdóname, Andrea; pero su memoria!... ¡Pobre Marta mia! Era mi única felicidad en la tierra!

Andrea. ¿Yo no soy tambien hija vuestra?

Sertorio. ¿Hija mia?... Sí... y aquel, hermano tuyo... acércate; os quiero mucho á los dos!... Como que sois el apoyo de mi vejez!

Andrea. Pues si es cierto lo que decís ¿á qué ese empeño en abandonar el palacio de lord Wilson? ¿Qué os falta en él?

Sertorio. ¡Me falta! me falta!... Un pedazo de tierra, nada mas que un pedazo de tierra en que fijar mis ojos.

Andrea. ¡Monseñor Carnioli es tan bueno! ¡Se afana tanto por mejorar nuestra condicion humilde!

Sertorio. No tan humilde, Andrea; cuidado con eso! Un monseñor es hijo siempre de la casualidad: un maestro de música, no; y yo, aunque ochenton, soy un maestro de música. ¿Verdad, Guillermo?

Guillermo. Será como vos decís.

Sertorio. ¿Cómo, cómo? ¿No tienes opinion formada en la materia?

Guillermo. No, señor.

Sertorio. Pues hombre... ¡me gusta! ¿En qué te se vá el tiempo?

Guillermo. En sostener el árbol que se encorba; en evitar que tronche el huracan la palmera de vuestros jardines.

Sertorio y Andrea. ¡Guillermo!

Guillermo. Entre el árbol ya viejo y carcomido por el gusano de la adversidad, y la palmera jóven misteriosamente acariciada por el céfiro de las ilusiones en el sueño de la vida, la gratitud me manda que preste el vigor de mi juventud á vuestros años y que ahogue en mi corazon hasta la esperanza de un porvenir risueño.

Sertorio. ¿Qué significa esto?

Guillermo. Significa, que me despido de Andrea, acaso para siempre; que prefiero recibir todas las mañanas la bendicion del anciano que me ha servido de padre, á vivir en la estrechez de una sociedad que no es la mia; entre las paredes de un palacio que no es la montaña en que he nacido; significa que son mas elocuentes para mí, señor, los mudos cipreces de vuestro jardin, que esos cár-

menes de cien formas y matices, que solo sirven para recreo y no para enseñanza.

ANDREA. ¡Oh padre mio! Llevadme en vuestra compañía; yo seré mas dichosa á vuestro lado; volvamos los tres á vuestra tierra de.... (*Se arrodilla.*)

SERTORIO. ¡No es mala sorpresa la que recibo!... ¡Pues no habia caido en ello!... Es decir que... ¡Tú tambien!... ¡levántate, Andrea!.. ven á mis brazos!... Pálida y melancólica!... apasionada y triste como ella! ¡Lirio que va á lanzar el capricho de un hombre en el torbellino de la sociedad! ¡Pobre mártir, si tropieza en su camino con el genio de un artista! Guillermo, (*de pronto con resolucion*) ó con ella ó conmigo; poco de obligaciones antiguas y menos de gratitud. Dios me dará fuerzas para llegar solo al término de mi viage.

GUILLERMO. ¿Me amas, Andrea? (*Aparte.*)

ANDREA. Sí.

GUILLERMO. ¿Me olvidarás?

ANDREA. Nunca. (*Guillermo vuelve al lado de Sertorio.*)

GUILLERMO. Vamos, padre mio.

SERTORIO. Monseñor Carnioli... —Id á esperarme á la orilla del camino.

ESCENA IV.

SERTORIO.—CARNIOLI.

CARNIOLI. ¿Ya de viage, maestro?

SERTORIO. Sí, monseñor. Este palacio es una máquina de música... rara es la noche que no hay concierto, y os lo confieso, monseñor, la música me empalaga...

CARNIOLI. ¿Que eso diga el autor del canto del Calvario?

SERTORIO. ¿Y por qué no? La música es lo que todas las cosas de la tierra; envejece; como se pudren los árboles y se acaban las familias.

CARNIOLI. Segun esa doctrina, el canto del Calvario?...

SERTORIO. ¡El canto del Calvario!... Tambien: tocadle sino en medio de esa reunion de que salimos, y no se encontrará uno que lo comprenda.

CARNIOLI. ¿Pero si se oyera su melodía en la soledad de la noche y al pié de una sepultura, adornada de flores y regada con lágrimas?

SERTORIO. No veriais alma viviente que le escuchara; pero se me apareceria la sombra de mi hija, y esto solo volveria su antigua sonoridad á mi arco y á mis dedos su vigor primitivo! ¡Oh! ¡yo la ofrecí que en la noche de sus bodas!... ¡Y le oyó por primera vez en el dia de su muerte!

Carnioli. Vamos, maestro Sertorio; no me vengais ahora con imágenes tristes y desapacibles. ¡Qué diablos! ¡A gozar!... ¡A reir!

Sertorio. ¡Y á largarse cada cual adonde mejor le vaya!

Carnioli. No es eso responder como hombre cuerdo y sosegado. Las cosas de la vida se toman como se pueden tomar á nuestra edad.

Sertorio. ¿Qué quereis? Genio y figura...

Carnioli. ¡Dichoso vos!

Sertorio. ¡Monseñor!

Carnioli. No te impacientes y escucha. El hombre, cuando es jóven, tiene fé; y cuando tiene fé, cree con el ardor y la inesperiencia de la edad, y lucha; pero en esa lucha es casi siempre víctima de una especie de fantasma luminoso, que brilla amenazador en la mirada de un hombre, ó brota sarcástico de la sonrisa de una mujer: el desengaño. Yo he creido y he luchado en mi tiempo; pero el vestiglo, arrancándome la venda de los ojos y echándome fuera del palenque, me dejó tres cosas para que me entretuviese el resto de mi vida: la memoria en la cabeza, las arrugas en la cara y la duda en el corazon.

Sertorio. ¡Yo jamás he dudado del cariño de mi hija, ni de la justicia de Dios!

Carnioli. Maestro, yo no he tenido nunca hijos... y en cuanto á la justicia de Dios... Oid. La duda es la agonía de todas las esperanzas y el sepulcro de las ilusiones; el viento de otoño que arranca una por una las hojas de los árboles; el peon caminero que va limpiando la senda por donde se entra el hombre en el invierno de la vida. A ese invierno se llega casi siempre con la indiferencia en la mirada, con la sonrisa del desden en los lábios, sin la fé que anima, sin la duda que atormenta, pero con el temor que espanta y la conciencia que acusa.

Sertorio. La mia está tranquila, monseñor.

Carnioli. Lo supongo. En cuanto á mí... por mas que he procurado recogerme dentro de mí mismo, como Aquiles en su tienda ó el galápago en su concha..... nada; tiempo perdido ¡La conciencia!

Sertorio. ¿Os acusa?

Carnioli. ¡Por mas que he buscado en el laberinto de la diplomacia y en las revueltas de la ambicion el olvido de mi juventud!... Trabajo inútil! ¡La conciencia!

Sertorio. Monseñor, ¿y qué vida llevais ahora?

Carnioli. Ahora me entretengo en adornarme como el burro de la fábula; los que me hereden pondrán sobre mi cadáver el manto de San Genaro y el borrego del Toison... pero nada; ni por esas; no me hago ilusiones... el desprecio pú-

blico será el coro de mis honras; lo sé; porque á todas horas me lo anuncian; de dia y de noche... ¡Es claro! Mi cuerpo descansa... duerme... pero mi espíritu vela, porque me acusa la conciencia.

SERTORIO. Os tengo lástima, monseñor.

CARNIOLI. ¡Serás el único! porque todos los que me conocen me envidian; gracias á la indiferencia de esta mirada, al parecer sin intencion, y á la sonrisa desdeñosa de estos lábios hundidos.

SERTORIO. ¡Qué vejez la vuestra!

CARNIOLI. No, Sertorio. ¡Qué juventud la mia!

SERTORIO. Si es todo eso verdad, ¿á qué el empeño de que Andrea se quede á vuestro lado?

CARNIOLI. ¡La conciencia!

SERTORIO. No me direis siquiera...

CARNIOLI. No lo podria esplicar.

SERTORIO. ¿Quién os obliga á arrojar en el huracan del mundo á esa criatura inocente?

CARNIOLI. ¡Dios sin duda!

SERTORIO. Andrea está enamorada.

CARNIOLI. Lo sé; de Guillermo.

SERTORIO. Es hija segun me habeis dicho...

CARNIOLI. No pronuncieis el nombre de su padre... le llevo escrito con caractéres de fuego en mi conciencia.

SERTORIO. Milady.

ESCENA V.

CARNIOLI.—SERTORIO.—MILADY.—WILSON.—LORD ARTURO.

MILADY. ¡Monseñor Carnioli!

CARNIOLI. Milady...

MILADY. ¡Olvidadizo andais! Tarde habeis venido á despediros de nuestro huésped.

SERTORIO. Os agradezco, Milady, la franca hospitalidad que me habeis dado.

LORD ARTURO. Y yo á vos, caro maestro, la ocasion de haber conocido á vuestra hija... ¿Y dónde está vuestra hija?

SERTORIO. Me espera abajo. Es la primera vez que nos separamos, y en verdad, milord, que lo siento.

LORD ARTURO. Yo no.

CARNIOLI. ¿Cómo?

LORD ARTURO. La separacion será dolorosa para vos, para mí no, puesto que ella se queda á vivir en mi compañía.

SERTORIO. Al lado de vuestra madre lady Wilson, modelo de buenas costumbres y espejo de virtud.

MILADY. Podeis iros tranquilo; el carácter impetuoso de

milord, se estrellará siempre en la austera rigidez de mis principios...

Sertorio. Lo sé, Milady.

Milady. Y ya que se ha tocado ese punto, me permitireis que estrañe os separeis... así... con tanta facilidad de vuestra hija.

Sertorio. Milady, Andrea no es hija mia.

Milady. ¿No?

Lord Arturo. ¿No?

Milady. ¿Pues de quién?

Carnioli. Tampoco mia: pero os contaré su historia y cada cual de los que la escuchen la interpretará á su modo.

Sertorio. ¿Milady?

Carnioli. No os vayais... tiempo queda. La historia de esa niña está íntimamente entrelazada con la historia de mi vida.

Milady. Escabrosilla será de referir la vuestra.

Carnioli. Erizada está de dificultades, pero haremos de modo que mi relato no ofenda vuestra moralidad.

Milady. ¿Podrá oirla milord?

Carnioli. Creo que sí. Se trata de cierta aventura... diez y seis años hará... sí... ¡diez y seis! En esa época Milady vivía en Nápoles...

Milady. No recuerdo precisamente.

Carnioli. Érase un hombre y una mujer; aquel nacido para la gloria y la virtud; esta para el escándalo y el vicio; yo recogí al primero en la soledad de un valle, á la orilla del mar, humilde y menesteroso: yo tropezé con la segunda en los salones de un magnate, en medio de la corte, hermosa y opulenta: el uno despertó en mi alma el sentimiento fraternal y me dió la idea completa de lo que son unidos el génio y el arte: la otra apagó en mi corazon la centella de la fé, y le dejó sin una gota de ternura. Estos dos seres se encontraron en el mundo por culpa mia; la lucha fué terrible, despiadada... á los pocos meses el canto de Boabdil resonaba perdiéndose en la inmensidad del Adriático, mis ojos contemplaron un cadáver, y mis manos abrieron un sepulcro.

Sertorio. Y este pobre viejo llevaba á un rincon de la Alemania los restos inanimados de su hija.

Carnioli. Andando el tiempo, supe que aquella mujer vivia en medio de los placeres, acariciada por el arrullo del escándalo; los nobles la recibian en sus palacios por debilidad; las gentes humildes la respetaban por costumbre, y era de las damas de la corte la que mas atractivos reunia. Andando el tiempo supe tambien, que al lado de aquella mujer y en el centro de sus nocturnas bacanales, se sentia

un aliento que purificaba la atmósfera, palpitaba un corazon puro como las auras de mayo, se sonreia una boca blandamente coloreada por la púrpura del Chipre y se despertaba para la vida, al soplo de la inocencia, un alma que era preciso alejar de aquel cieno inmundo y conducir al paraiso de la virtud. Una mañana monté á caballo, penetré en la maleza del monte .. ¡esperé muchas horas!... Y luego me perdí en la oscuridad de la noche, pero me encontré de pronto, alumbrada por la luna y en medio de unos jarales, risueña, como dormida en la esperanza del rocío, la flor que he visto de mas aroma y mas bella en el vergel de la vida. Verla, acercarme, cortarla en su tallo y huir con ella, obra fué de un solo instante. A pocos dias de esta peregrinacion, una niña de dos años era el sosten único de un anciano, la redencion probable de un hombre, y el instrumento acaso de la justicia de Dios!

ESCENA VI.

CARNIOLI.—SERTORIO.—LADY WILSON.—LORD ARTURO.—ANDREA.—GUILLERMO.

SERTORIO. Andrea... Ya es tarde, monseñor.

CARNIOLI. Buen viage, maestro... prometo pagaros la visita...

SERTORIO. ¡Que sea pronto!

CARNIOLI. Es verdad: no se tiene comprada la vida, y á nuestra edad!... (*Sertorio abraza y besa á Andrea.*) ¡Ola! ¿Llorais?

SERTORIO. ¡Estoy tan acostumbrado á sus caricias! Y luego, como ella es la que riega las flores que rodean el sepulcro de Marta!...

GUILLERMO. Vamos, padre mio...

SERTORIO. Vamos.— Milady...

MILADY. Acompañadlos, milord.

ESCENA VII.

CARNIOLI.—LADY WILSON.

CARNIOLI. ¿Con que nos han dejado solos?

MILADY. Solos.

CARNIOLI. Aprovechemos, pues, los instantes, y ocupémonos de nuestro proyecto.

MILADY. Me parece bien.

CARNIOLI. Yo tengo para mí que Andrea es un escelente partido para lord Arturo.

Milady. Ya sé yo que lord Arturo es un escelente partido para cualquiera.
Carnioli. Sea como gusteis.
Milady. Como debe de ser.
Carnioli. A mi muerte, Andrea heredará mis tierras de Sicilia.
Milady. Sin esa circunstancia, lord Arturo cuenta con las suyas del condado de Galles.
Carnioli. Cincuenta mil escudos de renta, no son un grano de anís.
Milady. Diez mil libras esterlinas montan mas, si no miente la aritmética.
Carnioli. Andrea es una de las criaturas mas hermosas de Alemania.
Milady. El nombre de lord Wilson es uno de los mas ilustres de Inglaterra.
Carnioli. Eso quiere decir, Milady, que vuestras doctrinas democráticas no van hasta destruir una añeja preocupacion.
Milady. No, monseñor; mis doctrinas democráticas van mas allá; pero no se encuentra en ellas ninguna que me dé el derecho de disponer, á mi antojo, de la mano de mi hijo.
Carnioli. Se me olvidaba deciros, que la imaginacion de Andrea es algo novelesca.
Milady. El carácter de lord Arturo es muy violento.
Carnioli. Nadie lo diria. Os añadiré tambien, que Andrea, no es mas que una sospecha...
Milady. Entre un oscuro montañés y lord Arturo, la eleccion no es dudosa para una jóven de diez y ocho años.
Carnioli. Eso quiere decir...
Milady. Que en mis doctrinas democráticas cabe el matrimonio de un lord de Inglaterra, con la hija tal vez de un oscuro aventurero...
Carnioli. ¿Sin que entren para nada en ello, ni lo de las tierras de Sicilia, ni lo de la renta de cincuenta mil escudos?
Milady. Por supuesto.

ESCENA VIII.

Lady Wilson.—Carnioni.—Lord Arturo.—Andrea.

(*Andrea se coloca junto á la ventana de la derecha, Arturo desde la izquierda la contempla enagenado.*)
Carnioli. Echemos la sonda, Milady. (*Andrea llora y saluda con el pañuelo á los viageros.*)
Andrea. (*Aparte.*) ¡Adios, Guillermo mio:

MILADY. ¿En qué piensas, Arturo? (*En voz baja acercándose á el.*)
ARTURO. ¡En ella!
CARNIOLI. ¿Qué es eso? ¿Lloras, hija mia?
ANDREA. Sí.
CARNIOLI. ¿Por quien? ¿Por el pobre Sertorio?
ANDREA. ¡Por los dos!
CARNIOLI. ¿Milady?
MILADY. Se casarán.
CARNIOLI. No lo creo.
MILADY. Milor la ama.
CARNIOLI. Pero ella...
MILADY. Entre un oscuro montañés y lord Wilson...
CARNIOLI. Cuidado, Milady... lo que ibais á decir es casi una heregía en vuestro catecismo democrático..—¡Lady Wilson! de las primeras familias de Inglaterra... ¡Es natural! La vanidad, como el aceite, siempre encima... Lord Arturo...
(*Carnioli da el brazo á Lady Wilson: Arturo los sigue: Andrea se queda en el mismo sitio.*)

CUADRO SEGUNDO.

Gabinete en casa de Paolo María, adornado con elegancia.—Un piano.—Libretos de ópera y papeles de música.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO.

Las doce... ¡Y aun no dá señales de vida! Duerme como un liron... ¡Es natural! ¡Tras una noche de orgía!... El señor Paolo María, el tenor *della bella voce*!... ¡Qué lástima! ¡El juego... el vino... las aventuras! ¿Y qué dirá de todo esto en la soledad de su retiro la ilustre y orgullosa princesa Eleonora Falconieri? ¡Despues de diez y seis años de mútua correspondencia!... ¡Hay un poco de ingratitud en el proceder de Paolo María!... ¡Haberla dejado así... tan sin miramientos!... tan... ¡Y todo, porque se le ha metido en la cabeza!... ¡Cómo si un tenor, por buena voz que tenga y bien que cante, fuera moneda de oro que á todo el mundo agrada.

ESCENA II.

ELEONDRA.—OCTAVIO.

ELEONORA. Octavio.
OCTAVIO. ¿Señora princesa?
ELEONORA. ¿Y Paolo María?
OCTAVIO. Durmiendo.
ELEONORA. ¿A qué hora se ha acostado?
OCTAVIO. A las seis de la mañana.
ELEONORA. Las doce del dia. (*Mirando el reloj*).
OCTAVIO. ¿Quereis que le dispierte?
ELEONORA. Sí.
OCTAVIO. Voy.
ELEONORA. No.

Octavio. Como gusteis.
Eleonora. Toma. (*Le dá un bolsillo*).
Octavio. Gracias, señora.
Eleonora. La verdad.
Octavio. Preguntadme y os responderé.
Eleonora. Diez dias hace que Paolo María no ha ido á verme.
Octavio. No señora, cuatro.
Eleonora. ¿Te ha preguntado por mí?
Octavio. Ni una sola vez.
Eleonora. ¿Qué ha hecho en todo ese tiempo?
Octavio. Divertirse á mas y mejor.
Eleonora. ¿Juega?
Octavio. Cuanto tiene.
Eleonora. ¿Bebe?
Octavio. Mas que puede.
Eleonora. ¿Me han asegurado tambien?...
Octavio. Es verdad.
Eleonora. Una jóven de diez y seis años...
Octavio. Poco más ó menos.
Eleonora. ¿Delgada?
Octavio. Como una caña.
Eleonora. ¿Triste?
Octavio. Como un sauce.
Eleonora. ¿Cabellos negros?
Octavio. Como el azabache.
Eleonora. ¿Modesta?
Octavio. Como las vírgenes.
Eleonora. ¿Hermosa?
Octavio. Como los ángeles.
Eleonora. ¡Octavio!
Octavio. Me habeis dicho que responda la verdad.
Eleonora. ¿Su patria?
Octavio. No lo sé.
Eleonora. ¿El nombre de sus padres?
Octavio. No lo he podido averiguar.
Eleonora. ¿El suyo?
Octavio. Andrea.
Eleonora. ¿Rica?
Octavio. Pobre.
Eleonora. ¿Y va con frecuencia al teatro?
Octavio. Todas las noches.
Eleonora. ¿Quién la acompaña?
Octavio. Un monseñor.
Eleonora. ¿Que vivirá con ella?
Octavio. Sí, señora.
Eleonora. ¿Solos?
Octavio. No, señora.

ELEONORA. ¿Con quién?
OCTAVIO. Con Lady Wilson.
ELEONORA. ¿Se llama el monseñor?
OCTAVIO. Carnioli. (*Llaman dentro*).
ELEONORA. Tu amo: cuento con tu fidelidad.
OCTAVIO. Y con mi silencio.
ELEONORA. Vete.

ESCENA III.

ELEONORA.

¡Paolo María!... ¡La noble y orgullosa princesa Falconieri, la que lleva en su escudo de armas los blasones de los Dorias, haber descendido hasta mendigar de un farsante de teatro!... ¡Lo que es el mundo!... ¡Diez y seis años de ternura perdidos!... La pasion engrandece el alma, cuando no ofusca el entendimiento ó mata la razon. Quien de veras ama, ó sufre como un condenado, ó se muere como un imbécil... El amor en su principio es una esperanza de felicidad suprema; el amor en su desenlace, cuando no es el remordimiento, es el desengaño; cuando no acusa, desencanta; cuando no mata, humilla y avergüenza. La herida que deja en el corazon no tiene mas que dos remedios... el olvido, ó la venganza... ¡Paolo María! ¡Paolo María! ¡en brazos de otra mujer!... No, no, no. El se acerca; disimulemos.

ESCENA IV.

PAOLO MARIA.—ELEONORA.—OCTAVIO.

PAOLO. Las doce y media.
OCTAVIO. ¿Traigo el almuerzo?
PAOLO. No: almorzaré en la fonda... Mi caballo antes de diez minutos. ¡Ola! ¿vos aquí?
OCTAVIO. ¿Me retiro?
PAOLO. Como quieras.

ESCENA V.

PAOLO MARÍA.—ELEONORA.

ELEONORA. ¿Estrañareis sin duda mi visita?
PAOLO. No; la esperaba.
ELEONORA. No pecais de modesto, que rayais en presuntuoso.
PAOLO. Ni lo uno, ni lo otro.

Eleonora. Perdonadme, si os he juzgado mal.
Paolo. Perdonada vais, Leonora. (*Enciende un cigarro*).
Eleonora ¿Qué haceis?
Paolo. Encender un cigarro. ¿Es esto un crímen á vuestros ojos?
Eleonora. Un crímen no; pero una falta de consideracion y de respeto, sí.
Paolo. Consideracion... ¿por qué?... Respeto... ¿á quién!
Eleonora. ¡Paolo!
Paolo. Os lo he dicho muchas veces; vuestros humos aristocráticos no son de mi gusto.
Eleonora. Ni del mio vuestros modales desenvueltos.
Paolo. Tarde los habeis conocido.
Eleonora. Por mi desgracia.
Paolo. Por fortuna mia.
Eleonora. Acabemos. (*Levantándose*).
Paolo. Id con Dios.
Eleonora. No es eso.
Paolo. ¿No? pues hablad; os escucho.
Eleonora. Paolo, vuestra conducta es indigna de un hombre honrado. Os he amado con sinceridad; os amo todavía á pesar del desprecio con que me recibís, del escarnio con que me hablais. Habia jurado no volveros á ver, pero no he podido llevar adelante mi propósito, porque una voluntad mas fuerte que la mia, misteriosa, secreta, sobrenatural, la de Dios, no puede ser otra, me empuja y me precipita á vuestros pies. En un momento de cólera os arrojé de mi casa; en un momento de celos... infundados... ya lo sé... (*Movimiento de estrañeza en Paolo*) No os tomeis el trabajo de desvanecerlos... Mi disculpa está en el mucho amor que os tengo... ¿Qué mas quereis de mí?
Paolo. Leonora, no os entiendo, ni puedo atinar con el verdadero objeto que os proponeis. ¿Que me habeis amado mucho? Convengo en ello. ¿Que me amais aun con todo aquel delirio, con toda la galanura de la primavera de nuestra vida?... no lo creo. ¿Que una voluntad mas fuerte que la vuestra?... ya lo sé... Perdonad... se me ha apagado el cigarro y... si os incomoda...
Eleonora. No, no; ya estoy acostumbrada.
Paolo. En ese caso... (*enciende el cigarro.*) El amor pasa pronto; la fiebre que lo constituye se debilita con el tiempo, y lo que empieza por ser un sentimiento, degenera al cabo en una costumbre.
Eleonora. No es cierto, Paolo María!
Paolo. No me interrumpais. Sé que voy á heriros en la fibra mas delicada: pero de esta esplicacion que yo no he provocado, está pendiente la reconciliacion que buscais y mi

felicidad. Princesa, no nos hagamos ilusiones; yo me encuentro en lo mejor de mi vida: la mujer envejece mas pronto que el hombre y su hermosura es lo que las flores en el año; brillan mucho, pero duran poco.

ELEONORA. Es verdad.

PAOLO. Cada situacion tiene sus condiciones especiales. La nuestra es dificilísima, pero no tanto que se haya cerrado la puerta á un arreglo definitivo. La vida de tenor, princesa, no es agradable, por mas que la embellezca el aplauso popular, y la especulacion nos llene de oro los bolsillos. Cuando á una imaginacion novelesca se junta la solidez del cálculo y la frialdad del egoismo, se es por fuerza ambicioso; y la ambicion nos lleva á recordar los sueños dorados de las mil y una noches.

ELEONORA. No os comprendo, Paolo.

PAOLO. Me esplicaré, princesa. El papel de galan cuadra á los veinte y cinco años; en esa edad desordenada y feliz por lo crédula, cuando el cabello está negro y la mejilla tersa y la dentadura como el marfil; pero cuando casi todo eso ha desaparecido, el galan debe convertirse en marido.

ELEONORA. Nunca.

PAOLO. Lo quiero, y será.

ELEONORA. Os repito que jamás. (*Levantándose.*)

PAOLO. Os digo, señora, que tal es mi voluntad. Para conseguir esto la he quebrantado durante diez y seis años, y el tenor Paolo María será príncipe Falconieri ó la princesa Leonora...

ELEONORA. Las amenazas no me intimidan. Quien ha sabido arrostrar en mas de una ocasion el descontento de las gentes de su clase...

PAOLO. ¿Y qué clase es la vuestra, señora? ¿Os moveis acaso en la esfera de esas mujeres, fieles guardadoras de la honra que en ellas se deposita? No. ¿Perteneceis al número de las que víctimas de una pasion, que no se atrevieron á sofocar en su orígen, forman de ella la religion de toda su vida? Tampoco. ¿Sois por ventura de esas que cristianas en el fondo de su alma, viven en la oracion y pasan en el templo las horas que otras dan á la ociosidad y al escándalo? Menos: pues si nada de esto sois, Leonora, ¿qué clase es la vuestra?

ELEONORA. La de esas desgraciadas, que olvidándose de lo que son, de lo que valen, y de la cuna en que han nacido, se ciegan hasta el punto de dar lugar á que se las trate del modo que vos lo haceis. Pertenezco, Paolo, al número de las vacantes modernas que arrojan á los pies de un aventurero, egoista y calculador, su decoro personal y la dignidad de su familia.

Paolo. El aventurero, princesa, supo ataros al carro de su triunfo y el egoista os hizo palanca de su engrandecimiento; el calculador se ha propuesto dar una familia al aventurero y un título aristocrático al artista, y se los dará.

Eleonora. Jamás; que no en valde corre en mis venas la sangre de los Dorias. Mientras quede un resto de energía en mi alma y un tanto de resolucion en mi voluntad, no irá mas allá de lo que ha ido la princesa Leonora Falconieri: era tiempo ya de que se despertase en mí el orgullo de mis mayores.

Paolo. No vuelvo de la sorpresa. ¡Teneis en poco, Leonora, las glorias del artista! ¿Qué se necesita para que consintais en que se inscriba nuestro nombre en el libro de la nobleza? ¿Tan mal os fué con Andrés Rossvein? ¿Pudo hacer mas el cisne de Dalmacia que encerrar en su sepultura el secreto de vuestra ingratitud? ¿No llevo yo al mas alto grado mi abnegacion callando el indeferentismo de la mujer y la impiedad de la madre?

Eleonora. ¡Paolo María!

Paolo. No os asusteis; estamos solos... nadie me ha oido. Ese secreto es mi título de nobleza; le haré valer ante los tribunales de justicia.

Eleonora. ¡Paolo! quien pone en duda el cariño de una madre, siquiera esta madre sea quien lo escucha con la sonrisa en los lábios, con la mirada tranquila, clavada en los ojos del que con tal acusacion, no solamente la escarnece sino que la calumnia; quien á tanto se atreve, ó no tiene nada aquí, y es egoista desde el instante en que nació, ó nunca ha sentido caer sobre sus mejillas esa bendicion sagrada que se desprende, á pesar del escándalo que la acompañe y del desprecio público que la humille de los besos de una madre; pues si hay algun sentimiento que no muere en esta vida es el amor maternal.

Paolo. ¡Princesa!

Eleonora. Sí, justamente, ese es mi crímen. Haber ahogado ese sentimiento, arrojando sobre él todo el cariño que os he tenido y que todavía os tengo; hoguera satánica en que se ha consumido hasta el remordimiento... sí, Paolo, sí: ese es mi crímen: haber querido, querer á un hombre de mármol, á un hombre que no satisfecho con insultar á la mujer, provoca el remordimiento de la madre; á un hombre, en fin, que no puede decir á quien se lo pregunte, y en esto se vé que vino al mundo marcado por la mano de Dios, quiénes fueron sus padres...

Paolo. ¡Leonora! ¡Leonora! (*furioso, fuera de sí.*)

Leonora. ¡Oh! ¡Gracias á Dios! ¿Al fin he conocido la pena que os mortifica, la herida que os mata? ¡Cómo quereis,

Paolo María, qué yo... si nos separa un abismo! si no sabeis quiénes fueron!... (*Risas nerviosas de triunfo, alegria frenética.*) Decidme que vuestro padre es el verdugo, que vuestra madre fué una mujer perdida, y esta es mi mano. ¡Pero ni aun eso podeis decir!

PAOLO. ¡Princesa! (*Fuera de sí; le dá con el látigo en la cara.*)

LEONORA. ¡Ah!

ESCENA VI.

LEONORA.—PAOLO MARIA.—OCTAVIO.

PAOLO. No es nada.—El caballo.

OCTAVIO. Está á la puerta.

PAOLO. Comeré á las ocho. (*Sale acompañado de Octavio.*)

ESCENA VII.

LEONORA.

(*Recorre la escena, agitada de un temblor convulsivo; se mira al espejo, retrocede, se sienta junto á la mesa y apoya la cabeza en las dos manos.*)

ESCENA VIII.

LEONORA.—OCTAVIO.

OCTAVIO. Señora princesa.

LEONORA. ¡Ah! (*Se levanta y maquinalmente toma un libreto de ópera.*)

OCTAVIO. Soy yo.

LEONORA. Tú... (*Sin saber lo que hace hojea el libreto.*) ¡Lucrecia Borgia! (*Su fisonomía se serena poco á poco... sonrisa sarcástica.*) ¡Ah!... Cuento con tu fidelidad.

OCTAVIO. Y con mi silencio.

LEONORA. ¡Adios!

CUADRO TERCERO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Lady Wilson.

ESCENA PRIMERA.

LADY WILSON.—LA MARQUESA DE SORA.—MISTER KENEDY.

MARQUESA. Os doy gracias, Milady, por la buena memoria.
LADY WILSON. Tratándose de un té, no podia yo olvidar á la marquesa Julia.
MARQUESA. Los ingleses han hecho del té una costumbre que se ha generalizado ya en Europa.
LADY WILSON. Inglaterra, marquesa, marcha á la cabeza de la civilizacion.
ARTURO. En nada repara cuando se trata del progreso humano: así es que hace tomar opio á los chinos y estruja á los indios en Asia, hasta que confiesan la mansedumbre de su dominacion.
MARQUESA. Me han asegurado, Milady, que lord Arturo y la hermosa protegida de monseñor Carnioli...
LADY WILSON. Proyectos, ¡nada mas que proyectos!...
LORD ARTURO. Esperanzas, ¡nada mas que esperanzas!
MARQUESA. ¡Ilusiones! ¿Es cierto, Milady, que ha llegado á esta corte de Viena, la princesa Eleonora Falconieri, tan célebre por su hermosura?
LADY WILSON. Así es: anoche lo he sabido.
MARQUESA. ¿Me presentaréis á ella?
LADY WILSON. Esta misma noche.
MARQUESA. ¿Vendrá?
LADY WILSON. Me lo ha prometido.
JOHNSON. El señor baron de Woriloff. (*Anunciando.*)

ESCENA II.

LADY WILSON.—LA MARQUESA.—EL BARON DE WORILOFF.—LORD ARTURO.—MISTER KENEDY, *que continúa haciendo apuntaciones en su libro de memoria.*

LADY WILSON. Señor baron...
WORILOFF. Diez minutos á la amistad... el resto de la noche para el ministro de negocios estrangeros.

LADY WILSON. Poco tiempo nos queda de... Segun he sabido en la embajada de Francia...
WORILOFF. Dentro de ocho dias salgo para España.
LADY WILSON. ¿Mision secreta?
WORILOFF. Milady...
LADY WILSON. Perdonad.
WORILOFF. ¿Un inglés? (*Señalando á mister Kenedy.*)
LADY WILSON. Mister Kenedy, corresponsal del *Times.*
WORILOFF. ¡Periodista!
LADY WILSON. Es sordo y casi ciego.
WORILOFF. No estraño ya la inexactitud de sus comunicaciones.
KENEDY. (*Aparte*) El baron de Woriloff saldrá dentro de ocho dias para España. (*Escribiendo.*)
WORILOFF. ¡Caballero! ¡caballero!... sordo de remate.
KENEDY. Fusion de las dos ramas españolas... Idea que solamente cabe en el magin de un kalmuco. (*Escribiendo.*)
WORILOFF. ¡La aficion! (*A la marquesa que está jugando con unos papeles de música.*)
MARQUESA. La música y la poesía constituyen mi felicidad.
WORILOFF. Ni Euterpe, ni Talía, ni Melpómene...
KENEDY. El baron de Woriloff sabe mitología. (*Escribe.*)
MARQUESA. Que me pisais el trage. (*A Woriloff.*)
WORILOFF. Yo siempre con el pié en el estribo.
KENEDY. El baron Woriloff pisotea los trages de las damas.
MARQUESA. ¿Qué es eso? ¿Un oso blanco?
WORILOFF. Una condecoracion sueca.
KENEDY. Basta de apuntes. (*Guarda la cartera.*)

ESCENA III.

LADY WILSON.—MARQUESA.—BARON DE WORILOFF.—LORD ARTURO.—MISTER KENEDY.—ANDREA.—CLEMENTINA.

WORILOFF. ¡Radiante de hermosura! (*A Andrea.*)
LADY WILSON. Gracioso prendido. (*A la misma.*)
ANDREA. Regalo de monseñor Carnioli.
CLEMENTINA. Milady, os voy á arruinar... (*Enseñándole una joya.*)
LADY WILSON. Bien hecho, Andrea: *les petits cadeaux entretienent l'amitié.*
WORILOFF. Yes.
LADY WILSON. ¿Qué es eso? Hablando inglés el señor baron de Woriloff?
WORILOFF. He tomado maestro, ayer dí la primera leccion)
KENEDY. ¡Oh! Esto es importantísimo. (*Saca el libro y escribe.*

El baron de Woriloff ha tomado maestro de inglés y ya sabe decir : Yes.

ESCENA IV.

LADY WILSON.—MARQUESA.—BARON DE WORILOFF.—LORD ARTURO.—MISTER KENEDY.—ANDREA.—CLEMENTINA.—JOHNSON. *Despues* CARNIOLI, *de frac negro, banda y placa.*

JOHNSON. Monseñor Carnioli. (*Anunciando.*)
LADY WILSON. Monseñor...
CARNIÒLI. De ver al ministro de negocios estrangeros. (*A Andrea.*) ¿Qué pálida estás, hija mia? (*A Woriloff.*) El gobierno del emperador se opone á la fusion... con Inglaterra no se puede contar. (*A Lady Wilson.*) He dado una vuelta por el teatro... ¿En qué piensas, Andrea?
ANDREA. En Guillermo.
CARNIOLY. ¡Esta boda!...¡Cómo ha de ser!...
LADY WILSON. ¿Cantaba Paolo María?
CARNIOLI. No lo sé:
MARQUESA. ¿El primer tenor de Europa?
CARNIOLI. ¡Pobre Andrés Roswein! ¿Qué hubiera sido de esta criatura sin mi apoyo?... No... Sin mi conciencia! Alégrate, hija mia...
LADY WILSON. Johnson, el té. ¡Qué preocupado venís, monseñor!
CARNIOLI. El laberinto de la diplomacia europea es tal... La cuestion del Danubio... Los ducados dinamarqueses... La guerra de la India... El bloqueo de Canton... Los estados romanos... El nuevo ministerio de España...
LADY WILSON. ¿Otro?
CARNIOLI. Otro: el almanaque político de España reza siempre nublado. (*Carnioli toma una taza de té.*)

ESCENA V.

LADY WILSON.—MARQUESA.—CARNIOLI.—MISTER KENEDY.—BARON DE WORILOFF.—LORD ARTURO.—ANDREA.—CLEMENTINA.—JOHNSON. *Despues la* PRINCESA ELEONORA.

JOHNSON. La princesa Eleonora Falconieri.
CARNIOLI. ¡Jesus! (*Se le cae la taza.*)
ELEONORA. (*A Milady*) Milady... ¡Diez y seis años sin vernos! (*Fija la vista en lord Arturo*) ¿Hijo vuestro? La rama no puede negar el tronco... ¡El varon de Woriloff!... No he olvidado todavía, baron, vuestra desgracia del Cáucaso... (*A Milady.*) Una bala de cañon le llevó las dos orejas ..

¡Monseñor Carnioli! ¡se os ha caido la taza!... ¡Es natural... ¡la sorpresa, Carnioli!... una taza de té... ¡Qué diferencia! ¿No es verdad, amigo mio?... ¡Los años! ¡El tiempo es el azote de la hermosura! (*Fijando los ojos en Andrea.*) ¡Aquella es! (*A Milady.*) ¿Hija vuestra?... creí... no se os parece... ¡Esa fisonomía! (*Se le cae el pañuelo: Arturo se baja á levantarle, pero se interpone Carnioli.*)

CARNIOLI. Perdonad, milord: los pañuelos de la princesa Eleonora Falconieri van impregnados de veneno. Se necesita mucha memoria en la cabeza, muchas arrugas en la frente, mucha nieve en el corazon, para poder recogerlos, sin dejar en ellos el juicio y la voluntad. (*Le dá el pañuelo.*)

ELEONORA. Lisonja de escelente gusto...

LADY WILSON. ¿Qué teneis en la mejilla, princesa?

ELEONORA. Un golpe que no olvidaré jamás. (*Arturo se dirige con una taza de té á la princesa: Carnioli toma la taza y se la ofrece.*)

CARNIOLI. Perdonad... me declaro el caballero de la princesa. Mi antigua amistad me dá este derecho.

CLEMENTINA. Vamos; te lo ruego yo, Andrea.

MARQUESA. Un poco de música.

WORILOFF. ¿Música?

ELEONORA. ¿Esta señorita toca el piano?

CLEMENTINA. A la perfeccion.

ELEONORA. Milady... ¿Cómo se llama?

CARNIOLI. ¡Andrea!

ELEONORA. ¡Andrea!

CARNIOLI. Dá gusto á Clementina.

TODOS. Vamos, pues.

CARNIOLI. Quedaos.

ELEONORA. ¿Para qué?

CARNIOLI. ¿Teneis miedo al adversario que la casualidad os pone en frente?

ELEONORA. Me quedo.

LADY WILSON. No venis, princesa?

CARNIOLI. Mas tarde.

ESDENA VI.

CARNIOLI.—PRINCESA ELEONORA.

CARNIOLI. ¡No he vuelto aun de mi asombro! ¿La princesa Eleonora Falconieri en la corte de Viena?

ELEONORA. ¿Y por qué no? ¿Qué tiene de particular mi aparicion? El lucero de la mañana, monseñor, disipa la sombra de la noche.

CARINOLI. Y el relámpago precede al estallido del trueno y

á la esplosion del rayo. La princesa Eleonora, en esta ocasion á mi entender, es el rayo que se desploma sobre una sociedad que no la conoce y que lamentará muy pronto las consecuencias de su aparicion repentina.

ELEONORA. ¿Teneis miedo de que os deslumbre la llama de mis ojos?

CARNIOLI. No brillan como en otro tiempo, princesa.

ELEONORA. ¿Teméis que os abrase el contacto de mis manos?

CARNIOLI. Estrechad á vuestro sabor la mia.

ELEONORA. ¿Recelais por ventura que os convierta en cenizas una chispa de mi ingenio!

CARNIOLI. Os equivocais: diez y seis años sobre la hermosura de una mujer, pesan mucho en la balanza: la carga de la edad disminuye el ingenio y quita fuerza á la intencion: diez y seis años sobre la vida de un hombre, son la esperiencia; y la esperiencia es el mejor escudo para toda clase de combates.

ELEONORA. No lo creo.

CARNIOLI. Vais á tener una prueba.

ELEONORA. ¿Cuál?

CARNIOLI. Princesa... A creer en la religion de nuestros padres, fuera de este mundo terrenal hay una gloria y un infierno: pero yo, sin negar ese principio esencialmente católico y civilizador, tengo para mí que el cielo es la tranquilidad de la conciencia.

PRINCESA. ¿Y el infierno, monseñor?

CARNIOLI. ¡El infierno!... Empieza en esta vida...

ELEONORA. ¡Jesus! ¡Qué lenguage tan de misionero!...

CARNIOLI. ¿No le encontrais de vuestro gusto?

ELEONORA. Le encuentro demasiado filosófico para un cristiano, y demasiado cristiano para monseñor Carnioli.

CARNIOLI. Variaré de tono por complaceros, y os esplicaré mi pensamiento con mas claridad.

ELEONORA. Franqueza, monseñor, franqueza. Luchas mas fuertes y mas peligrosas he sostenido en mi peregrinacion por este valle de lágrimas: de todas ellas he salido, como Aquiles, el hijo de Tetis y de Peleo, sin un golpe en la cabeza, sin una herida en el corazon.

CARNIOLI. Porque todos los dardos se os han dirigido al corazon y á la cabeza: pero yo he formado empeño de heriros en el talon del pié derecho.

ELEONORA. Le llevo cubierto... Mirad.

CARNIOLI. Pié lindísimo.

ELEONORA. Ya lo sé; y sé mas.

CARNIOLI. ¿Qué?

ELEONORA. Que os agradan los piés elegantes y delicados.

CARNIOLI. Me agradaron. Lástima es por cierto que los vuestros vayan á resbalarse en esta alfombra.

ELEONORA. Procuraré guardar el equilibrio para no caerme.

CARNIOLI. Princesa, quiero ser generoso.

ELEONORA. Gracias, monseñor: pero tened entendido que á la generosidad que encadena la voluntad y á la compasion que martiriza el orgullo, prefiero la arena del palenque y la incertidumbre del combate. Podreis herirme en la lucha, no lo niego, pero en mi caida...

CARNIOLI. ¿Me arrastrareis en ella?

ELEONORA. ¿A vos solo? No: ¿para qué?

CARNIOLI. ¿Pues á quien?

ELEONORA. Ese es mi secreto.

CARNIOLI. Os propongo una transaccion.

ELEONORA. No la admito. (*Piano.*)

(*Música dentro.—La misma que tocó Andres Rossvein al piano en el cuadro tercero de* DALILA.—*Agitacion en Eleonora.*)

CARNIOLI. ¿Qué es eso?

ELEONORA. Nada. (*Serenándose.*)

(*Pausa y silencio hasta que concluye la música.*)

CARNIOLI. ¡Malditos recuerdos! Muchas veces son la ponzoña de la sangre y el torcedor de la vida.

ELEONORA. No; flores que se deshojan, humo que se disipa, llama que se apaga al soplo de la voluntad.

CARNIOLI. Música de Andrés Rossvein... una advertencia sin duda que se escapa contra la posibilidad humana del fondo de un sepulcro.

ELEONORA. Monseñor, no he comprendido nunca el lenguaje de los muertos.

CARNIOLI. Sin embargo, Eleonora... esa coincidencia...

ELEONORA. La casualidad.

CARNIOLI. ¿Y por qué no la Providencia?

ELEONORA. Y aunque eso fuera, mayor gloria para mí.

CARNIOLI. Eleonora, caminais muy de prisa en el sendero del escepticismo.

ELEONORA. Quien ha entrado tan de repente en el cieno de las amarguras, no tiene mas remedio que recorrer toda la escala de esa vida, que nace del oropel de los escándalos y acaba con el sello de la degradacion.

CARNIOLI. Salvad por lo menos las apariencias: admitid la transaccion que os propongo.

ELEONORA. Nó: tengo fé.

CARNIOLI. Fé? Vos?

ELEONORA. En mis propios recursos; en la revolucion que ha obrado en mi inteligencia y en mis nervios este golpe desgraciado.

CARNIOLI. No os comprendo.

ELEONORA. Monseñor, mi aparicion en la sociedad de Viena, no será la de la luna que hermosea la oscuridad de la noche, ni la del sol que alimenta los sembrados, ni la del huracan que troncha los árboles y deja por tierra los pedazos, ni la del relámpago que ilumina y no quema, sino la del rayo que incendia ó mata, pero que se pierde y desaparece en las entrañas de la tierra.

CARNIOLI. En ese caso.... como hombre cuerdo y prudente arrancaré la yerba emponzoñada antes que se estienda y profundicen sus raices.

ELEONORA. Manos á la obra, Carnioli....

CARNIOLI. Princesa, guerra á muerte.

ELEONORA. Guerra á muerte, monseñor.

ESCENA VII.

LADY WILSON.—PRINCESA ELEONORA.—CARNIOLI.—EL BARON DE WORILOFF.—CLEMENTINA.—ANDREA.—MARQUESA.—LORD ARTURO.—MISTER KENEDY.—CABALLEROS Y SEÑORAS.

CLEMENTINA. Bravo, Andrea, bravo!..

ANDREA. Música de Andres Roswein.

LADY WILSON. Monseñor, ¿os acordais del autor de *La conquista de Granada*?

CARNIOLI. Yo fuí su bienhechor y su fatalidad: á no ser por mí, no hubiera salido nunca del fondo de sus montañas; pero á no ser por mí, no hubiera entrado tan pronto en el hueco de su sepulcro.

LADY WILSON. Ahora recuerdo que se habló mucho en aquella época de ciertos amores, con cierta dama de la córte de Nápoles.

CARNIOLI. Yo tuve la culpa de esos amores.

ELEONORA. Vos, Monseñor?

CARNIOLI. Esta mujer es el diablo.

ELEONORA. ¡Pobre Andres Roswein! Su muerte prematura me arrancó muchas lágrimas.

CARNIOLI. Ni una sola enturbió, señores, los ojos de aquella Dalila moderna que tuvo la complacencia de hacerle agotar en las últimas horas de la vida, el cáliz de la amargura. Yo lo sé, porque Andrés murió en mis brazos, en una noche sombría, á la orilla del mar, oyéndose á lo léjos, entre el murmullo de las olas del Adriático, el canto lastimero de Boabdil. Cometa siniestro, que de siglos á siglos recorre la esfera sembrando la consternacion y el espanto; la dama de Andrés Roswein era una de esas mugeres, para quienes el corazon del hombre es un juguete, la traicion una costumbre, el templo un teatro, el vicio

su esclusiva religion: divinidades que se agitan, bullen y hierven en nuestra sociedad, para que se recuerde en las Aspasias y Mesalinas la degradacion de los siglos pasados; estátuas de mármol que se apoderan del génio para sofocarlo, de la virtud para ridiculizarla, del amor para escarnecerlo; y que al ver que se aproxima el dia de la justicia y de la espiacion, léjos de bajar los ojos y pedir clemencia, irritan la fibra del acusador, y se preparan á arrostrar impávidas el desprecio público. ¿Os vais Princesa?

ELEONORA. No.

LADY WILSON.
MRRQUESA. . } Su nombre....
ANDREA . .

CARNIOLI. Pues bien; milady, esa mujer que se infiltró en la sangre de Andrés, en la médula de sus huesos, y hasta en su imaginacion y en su conciencia, y que cuando le tuvo convertido en un cadáver galvanizado.... ¿Os vais?

LADY WILSON.
MARQUESA. . } Su nombre, su nombre...
ANDREA . .

CARNIOLI. ¡La Princesa Eleonora Falconieri!...

ELEONORA. Supongo, milady, que no dareis crédito á esa acusacion, que no tuvo entonces mas fundamento que el rumor de los ociosos y la palabrería mordaz del marques de Sora. La edad sin duda ha trastornado el seso de Monseñor Carnioli: de otra manera no se esplica honradamente su proceder. Antes de insultar á una señora, ha debido Monseñor Carnioli, el noble embajador de Nápoles en la corte de Viena dejar guardadas en su *secretaire* esas condecoraciones que acaba de deshonrar.

MILADY. Monseñor Carnioli, en vuestra persona me ha faltado á mí, que soy la dueña de esta casa.

CARNIOLI. Milady...

MILADY. Pero la justificacion, Princesa, se hace indispensable. (*En voz baja.*)

ELEONORA. Rebajarme hasta ese punto....

CARNIOLI. (*Aparte.*) He arrancado la yerba emponzoñada ántes de que se estendiera y profundizáran sus raices.

LADY WILSON. (*En voz baja.*) Lo siento, Princesa: pero los deberes que me imponen mi decoro y la inocencia de esa niña, me obligan á olvidar en este momento la amistad que en otro tiempo nos ha unido. Segura estoy de que mas adelante hareis callar á la maledicencia y pondreis una mordaza á la calumnia. ¿Tan pronto, Princesa? (*En voz alta.*) ¿Me permitiréis que os acompañe hasta vuestro coche?

(*La Princesa se apoya en el brazo de Milady y sale.*)

ELEONORA. En ella! (*Con tono amenazador; fijando los ojos en Andrea.*)

ESCENA VIII.

CLEMENTINA.—ANDREA.—CARNIOLI.—LA MARQUESA. —MISTER KENEDY.—LORD ARTURO.—WORILOFF.

CARNIOLI. Andrea!...

ANDREA. No sé por qué se me saltan las lágrimas. Siento aquí una opresion! ¡Pobre muger! Me ha dado mucha lástima!

CARNIOLI. No seré yo quién.... ¡Llora, hija mia, llora!

ESCENA IX.

CLEMENTINA.—ANDREA.—CARNIOLI.—LA MARQUESA.—MISTER KENEDY.—LORD ARTURO.—WORILOFF.—LADY WILSON.

LADY WINSON. Jhonson, la mesa de juego.

CARNIOLI. Una partida de wist.

KENEDY. Con mucho gusto.

(*Se sientan á jugar: Lady Wilson enfrente de Carnioli.—Mister Kenedy frente á la Marquesa.—Clementina y Andrea junto á un velador, se entretienen en ver libros y láminas.*)

CUADRO CUARTO.

La misma decoracion del acto segundo; mesa dispuesta para comer: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO.—CRIADOS.

Pues, señor; á juzgar por las apariencias, la reconciliacion lleva al señor Paolo María!... ¡Príncipe Falconieri nada menos!... La Princesa no tardará en llegar.... La noticia de estas bodas romancescas ha puesto en movimiento á toda la corte de Viena.... ¡Preocupaciones añejas que irá arrancando poco á poco del corazon de la sociedad el principio democrático! ¡No dirán mis hermanos que pierdo el tiempo y que no me instruyo en la buena doctrina.... ¡Procuraré casarme con quien sea mas que yo, y no con quien sea menos. Bueno es nivelar las clases!... Vino del Rim!... Para el señor Paolo María!... Vino de Burdeos para la señora Princesa!... Ella es.

ESCENA II.

OCTAVIO.—ELEONORA.—CRIADOS.

ELEONORA. Octavio.
OCTAVIO. Señora Princesa ¿os ha sucedido alguna desgracia? Vuestra palidez....
ELEONORA. No me siento buena. ¿Y Paolo María?
OCTAVIO. No tardará en llegar.
ELEONORA. Una copa de vino.... De Burdeos, no.... del Rim.
OCTAVIO. ¿Con bizcochos?
ELEONORA. Nó: vete. (*Octavio y los criados se retiran.*)

ESCENA III.

ELEONORA.

Llegó el momento... aun conservo la señal... Juré vengarme y me vengaré... La muerte de Paolo María ¿tiene impor-

tancia? Para el arte musical, podrá ser. ¿Para mí?... Lo sabré despues. Para la sociedad, ninguna... Un egoista de menos en ella: una culpa mas sobre mi conciencia... ¡La conciencia! Ya he sofocado en otra ocasion sus gritos... Nadie sospechará que viene el golpe de quien ha publicado á son de caja y clarin su matrimonio... Me amenazó con llevarme á los tribunales de justicia... ¡Mi hija habrá muerto ya!... Me la robaron! ¡Dios habrá tenido piedad de ella en su desamparo!... Quién sabe si Paolo María!... la aborrecia de muerte... ¡Andrea! La protegida de Monseñor Carnioli! ¡La divinidad ahora á quien Paolo María, aunque de léjos, rinde su culto! Nó, nó... Los celos son una calentura que consume lentamente, un vértigo que de pronto trastorna los sentidos... son la vida del infierno... y tambien la libertad del pensamiento y la libertad de accion... Llévese al sepulcro el secreto de la madre y la venganza de esta mujer, que no ha podido todavía arrancar de su mejilla el sello de la degradacion. (*Echa el veneno.*) Me parece que respiro con mas tranquilidad. Así es... ¡Príncipe Falconieri!... ¡Podrá verificarse la boda... en otro mundo, no en este!.. Ni la sospecha siquiera!.. Su vida licensiosa... bien. El vino del Rim es el vino mas de su gusto... Beberá, y si se obstina, beberé yo tambien. Pisadas de caballos... (*Asomándose á la ventana.*) No distingo... es ya de noche... No me engaño... Paolo María... Aquí fué... aquí será... No es tan débil la mujer como generalmente se supone... á la indiferencia y al escarnio del amante, la venganza y el rencor de la querida... Al látigo del ginete, el vino del Rim.

ESCENA IV.

PAOLO MARIA.—PRINCESA.—OCTAVIO.

PAOLO. ¿Aquí ya, princesa?
ELEONORA. Sí, Paolo, te aguardaba con impaciencia.
PAOLO. ¿Os he hecho esperar?
ELEONORA. Lo bastante para aburrirme; no quiero vivir sino á tu lado.
PAOLO. Gracias, Eleonora mia.—Octavio...

ESCENA V.

ELEONORA.—OCTAVIO.—PAOLO MARIA.

OCTAVIO. ¿Qué mandais?
PAOLO. La comida.

OCTAVIO. Está bien.

PAOLO. Oye, llégate en un instante al teatro y dí que no puedo cantar esta noche.

ELEONORA. ¡Paolo! ¿Y el público?... Las siete...

PAOLO. Me aplaudirá mañana si canto bien; y tendrá paciencia si canto mal... Para el tiempo que le he de entretener con mis *fermatas*!... Vuelve pronto. (*Octavio se vá.*)

ESCENA VI.

PAOLO MARIA.—ELEONORA.

PAOLO. ¿Me perdonas?

ELEONORA. ¿De qué?

PAOLO. ¿No te acuerdas? Un momento de indignacion... Un arrebato que yo no he podido esplicarme despues...

ELEONORA. ¡Qué no perdona la mujer que ama de veras! ¡Y de que yo te amo, Paolo, no puede quedarte ninguna duda!

PAOLO. Dentro de dos dias...

ELEONORA. Dentro de dos dias nos unirá la iglesia con lazos indisolubles; consagrará la bendicion del sacerdote.

PAOLO. El artista tendrá un título aristocrático; el hombre una familia.

ELEONORA. ¿Y todo eso á qué se debe? A un arrebato que tú mismo no has podido esplicarte luego... Yo en aquel instante... ¡Oh! En aquel instante... Pero el amor... la reflexion... Una mujer... á mi edad... ha menester de un hombre que la considere, de un brazo que la defienda... ¿No es cierto, Paolo? ¿Qué será de mí el dia en que la fatalidad, ó la voluntad de Dios... ¡Oh! ¡Me horrorizo de pensarlo!

PAOLO. ¡Eleonora! Me encuentro en lo mejor de la edad... me quedan muchos años de vida.

ELEONORA. ¡Quién sabe, Paolo!...

ESCENA VII.

ELEONORA.—PAOLO.—UN CRIADO.

CRIADO. La sopa...

ELEONORA. Retírate.

ELEONORA. ¿Te acuerdas, Paolo, de los primeros dias de nuestro amor?

PAOLO. A ese recuerdo querido, mi adorada Eleonora... (*Paolo toma la botella del vino del Rim y llena su copa; toma despues la del Burdeos, va á llenar la copa de Eleo-*

nora y esta no se lo permite y le hace probar el vino del Rim que hay en la suya.) ¿Qué es eso? ¿Vino del Rim?... ¿Tú?

ELEONORA. ¿Pues no es de tu agrado este vino?

PAOLO. ¡Eleonora mia! (*Beben.*)

ELEONORA. De hoy en adelante seré tu esclava... Tu voluntad y no la mia. Nada de saraos, nada de fiestas. Basta ya de ostentaciones que deslumbran: juntos siempre en el rincon de nuestro palacio...

PAOLO. No, Eleonora; acostumbrado á la escena del teatro, quiero trasladarme al palenque de la sociedad. La lucha me deleita, me embriaga. A las intrigas de bastidores, al bueno ó mal humor de los diletanti, á la guerra diaria de la prensa, las astucias de los cortesanos, la murmuracion de los salones, la calumnia que se compra, la amistad que se vende, el amor que se trafica. (*Bebe.*)

ELEONORA. Yo te acompañaré si lo exiges de mí. Yo te esplicaré lo que significan las mas veces en esa sociedad en que vas á entrar, las caricias de una mujer y la sonrisa de un monseñor.—¡Paolo mio! (*Paolo bebe.*)

PAOLO. ¡Eleonora! ¡Eleonora! ¡Qué feliz me has hecho! ¡El sueño dorado de mi vida!...

ELEONORA. ¡Sí, Paolo, sí! El último deseo de mi corazon.

PAOLO. ¡Pues no se me trastorna la cabeza! ¡Cualquiera que me viese, me tomaria por un novicio en esto de apurar botellas!...

ELEONORA. ¡Una copa de vino del Rim! (*Paolo va á dársela y cae sin sentido.*)

ELEONORA. Octavio...

ESCENA VIII.

PAOLO.—ELEONORA.—OCTAVIO.

OCTAVIO. Señora princesa.

ELEONORA. Silencio: huye...

OCTAVIO. ¡Que Dios os asista!

ELEONORA. ¡Paolo! ¡Paolo! (*Acercándose al espejo.*) Dentro de pocos dias no quedará ni la señal.

ESCENA IX.

PAOLO.

No sé... me parece que... ¡Eleonora! ¡Eleonora!... ¡Octavio!... ¡Nadie!... Siento aquí... ¡Yo me ahogo!... La sangre se agolpa á mi cabeza.. ¡Dios mio! ¡Qué sospecha!

Si... si... ¡ella!... ¡Si yo pudiera!... gritaré. (*Se arrastra hasta la ventana.*) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh! ¡El tormento de la desesperacion! ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Socorro! (*Entran los criados.*) Oid... ¡muero envenenado por la princesa Eleonora Falconieri! ¡Lo juro por la salvacion de mi alma! (*Ve el pañuelo sobre la mesa, se llega á ella sostenido por los criados, lo toma, como asimismo la botella, y entrega las dos cosas como prueba del crimen.*) A los tribunales de justicia... ¡Ah! ¡Ah! ¡Misericordia, Señor, misericordia!

CUADRO QUINTO.

Gabinete de Lady Wilson.

ESCENA PRIMERA.

ANDREA.—LADY WILSON.—*Andrea leyendo, Lady Wilson, haciendo labor.*

LADY WILSON. ¿Qué es eso, Andrea?
ANDREA. Me canso de leer: ¿no sale esta noche Milady?
LADY WILSON. No.
ANDREA. Recibe el presidente del consejo.
LADY WILSON. No tengo humor de vestirme. Monseñor Carnioli y Lord Arturo....
ANDREA. Monseñor se está vistiendo.
LADY WILSON. Esas recepciones diplomáticas no son de mi agrado.
ANDREA. Como están de moda.....
LADY WILSON. Un medio como cualquiera de darse la importancia política que el pais niega y la opinion no concede. Aureola oficial que no sale del edificio del ministerio ó de la habitacion del principal interesado.
ANDREA. Dura estais con el presidente del consejo....
LADY WILSON. Con él no, que esto y mas merece. Decidme, Andrea, os acordais del maestro Sertorio?
ANDREA. Y de Guillermo tambien.
LADY WILSON. ¿De veras?
ANDREA. ¿Qué quereis? El uno me ha servido de padre, el otro ha sido el compañero de mi niñez. Juntos nos hemos criado, juntos hemos crecido: somos huérfanos los dos; nuestrá patria es la tierra en que vivimos; fué nuestro pasado la caridad pública; es nuestro presente la generosidad de Monseñor; será nuestro porvenir el amor, el trabajo y la virtud.
LADY WILSON. ¿No es de vuestro agrado la sociedad en que vivis?
ANDREA. No, Milady: hay mas preocupacion en la corte que en la montaña.

LADY WILSON. No lo creo yo así.

ANDREA. Os convenceré con un ejemplo. ¿Qué les importa á las gentes para que tanto lo murmuren y acriminen, el matrimonio de la princesa Eleonora con el tenor Paolo María? Lo que la princesa le eleve en títulos de nobleza, se lo paga él en gloria y aplausos. Un noble, milady, solo por noble, no es mas que la personificacion de un siglo que pasó, de antiguos laureles, consignados en el libro de la historia; un artista representa el genio y el estudio, la inspiracion de Dios, y el trabajo del hombre. Yo de mí sé decir que no encuentro nada de malo en este enlace que repugna á vuestra sociedad.

LADY WILSON. Al espíritu que por desgracia reina en ella sí, á mí no.

ANDREA. Lo sé, Milady.

ESCENA II.

CARNIOLI.—LADY WILSON.—ANDREA, Y LORD ARTURO.

LADY WILSON. Aun mismo tiempo.... La banda de Cárlos III esta noche?

CARNIOLI. Precaucion diplomática. Ayer comí con el embajador de Francia, y por consiguiente era de rigor la cruz de la Legion de honor: por la noche acudí al baile que dió de despedida el Sr. Baron de Woriloff, y tocó su turno al águila de Rusia: hoy he asistido al banquete del ministro de Inglaterra, y á falta de la del Baño que no tengo, y de la Jarretiere que no he conseguido, hizo su papel la cruz de Leopoldo. Esta noche despues de la recepcion del Presidente del Consejo, iré al raouth del embajador de la Sublime Puerta, y para significar mi neutralidád absoluta en los negocios que agitan y conmueven á la Europa occidental, me engalano con la banda de un pais que de un siglo acá, y gracias á la longanimidad de sus ministros, ni entra ni sale para nada en las complicaciones de Europa, como no sea para sufrir algun percance que no ha buscado. No diréis que monseñor Carnioli no es hombre precavido y previsor.

LADY WILSON. Lo sé, monseñor.

CARNIOLI. Encanecido en la diplomacia, en ese mundo de protocolos.

LADY WILSON. Y de banquetes y de bailes...

CARNIOLI. Y de aventuras...

LADY WILSON. Mucho se hablará esta noche del matrimonio de la princesa Eleonora, de esa escentricidad novelesca, digna de nuestra vieja Inglaterra.

CARNIOLI. Juro no tomar parte en la discusion, ni defender mi conducta, siquiera la critiquen y condenen mis nobles compañeros. La princesa Eleonora...

ANDREA. La princesa, monseñor, es una muger desgraciada, y no hará bien quien la censure por una resolucion que la honra, si parte del remordimiento de su conciencia.

CARNIOLI. Hija mia... ¡qué alma tan hermosa! (¡Vamos! ¡si parece imposible!)

LADY WILSON. Ya veis, monseñor, que cunde la sana doctrina.

CARNIOLI. El veneno que mata la prosperidad de los estados.

LADY. El dogal que ahoga poco á poco diez y nueve siglos de rancias preocupaciones.

CARNIOLI. No quiero hablar de política, Milady.

LADY WILSON. Haceis bien; estais condenado á no ver claro en vuestra vida.

CARNIOLI. Milord...

LORD ARTURO. Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

CARNIOLI. Andrea... Milady...

LADY WILSON. Monseñor...

ESCENA III.

ANDREA Y LADY WILSON.

LADY WILSON. Paréceme que fracasan mis proyectos... la tenacidad de esta niña... ¡mucho quiere á Guillermo!... Un oscuro montañés .. no consentiré nunca en que se la violente en su eleccion.

ANDREA. ¿Se acordará de mí, como yo me acuerdo de él?

LADY WILSON. ¿Qué haríais, Andrea, si monseñor os obligase á casaros con lord Arturo?

ANDREA. Obedecer sin murmurar.

LADY WILSON. ¿Amais á milord?

ANDREA. Como á un hermano.

LADY WILSON. ¿Nada mas?

ANDREA. Nada mas.

LADY WILSON. ¿Y seríais desgraciada con él?

ANDREA. Muy desgraciada.

LADY WILSON. No, hija mia, mientras yo conserve mi razon...

ANDREA. Gracias, Milady, gracias.

LADY WILSON. ¿Qué se adelanta obrando de otro modo? Matrimonio que no tiene su cimiento en el cariño... ¡si aun teniéndole sucede las mas veces!... ¿Seria un mal el divorcio en toda su latitud, ó un bien?... Problema social es este que debiera fijar la atencion de nuestros legisladores... del

acierto en su resolucion pende acaso el porvenir de la humanidad...

ANDREA. ¿A dónde vais, Milady?

LADY WILSON. Quiero recogerme temprano.

ANDREA. Id con Dios.

LADY WILSON. El os guarde. ¿Vais á esperar como de costumbre á monseñor? Buenas noches.

ESCENA IV.

ANDREA.

¿Volveré á verle? El corazon me dice que sí. ¡Lady Wilson!... ¡Qué buena!... ¡Su cariño!... ¿Qué no será el cariño de una madre? ¡Hermosa noche!... ¡A estas horas!... Sí... hará compañía al pobre anciano que me ha servido de padre... ¿Pensará en mí? (*Tira de la campanilla.*)

ESCENA V.

ANDREA.—MIS MORTON.

MORTON. Señorita...

ANDREA. Luces á mi habitacion.

MORTON. ¿Queréis acostaros?

ANDREA. Espero á monseñor.

MORTON. Cerraré esta puerta.

ANDREA. No: monseñor acostumbra en este tiempo á entrar por el jardin.

MORTON. Cuando gusteis. Si necesitais alguna cosa...

ANDREA. Llamaré.

ESCENA VI.

LA PRINCESA ELEONORA.

(*La escena á solas por un momento y á oscuras. Despues sin otra claridad que la de la luz de la linterna.*)

ELEONORA. He comprado á peso de oro la fidelidad del portero; un honrado aleman que cedió al cabo á la tentacion... ¡Ya se vé!... ¡Tiene hijos! ¡Tiene mujer! ¡Es pobre! ¿Quién va á pedir virtud á la miseria?... La miseria no dá mas que lágrimas. Este es el gabinete... A la derecha las habitaciones de Lady Wilson; á la izquierda las de Andrea y monseñor Carnioli... (*sonriéndose irónicamente*) ¡Carnioli!... El noble embajador de Nápoles, no volverá tan pronto... ¡Andrea estará sola!.. Hay alegrías que embar-

gan el espíritu *(con voz reconcentrada)* y ahogan la voz en la garganta... ¡mi alegría en este momento es una de esas alegrías! ¡Eleonora, valor! ¿La oscuridad te dá miedo? Alumbra esta sombra al fuego de tu venganza, si no es bastante la luz de tu linterna. De escándalo en escándalo, de vicio en vicio, de crímen en crímen!... Adelante; la haré salir de esta casa, en esta misma noche. ¡ Carnioli la quiere como un buen padre á sus hijos!... Llore pues el insolente caduco las consecuencias sociales de un aparente estravío. ¡Se morirá de dolor! ¿será larga su agonía? Oh! Andrea. ¿Dormirá?... Si. ¿Estará soñando con Paolo María tal vez?... ¡No sabe la desgraciada que Paolo María duerme el último de los sueños, el sueño de la verdad!... ¡ Ella! (*Apaga la luz de la linterna.*)

FSCENA VII.

ANDREA.—LA PRINCESA ELEONORA.—(*Aquella con una palmatoria.*)

ANDREA. Se me ha figurado oir... ¡Ah!
ELEONORA. Silencio.
ANDREA, ¿Quién sois?
ELEONORA. ¿No me conoceis?
ANDREA. ¿La princesa Eleonora?
ELEONORA. Nada temais: tranquilizaos.
ANDREA. Señora... ¿Puedo saber?...
ELEONORA. Andrea, no sé qué decir...
ANDREA. Hablad... ¿qué me quereis?
ELEONORA. ¿Qué pasa en mí? ¿De cuándo acá retrocede en un propósito la princesa Eleonora?
ANDREA. Responded; ¿qué puedo yo hacer en obsequio vuestro?
ELEONORA. La tortura del corazon, primero. (*Aparte*). ¡Qué hermosa sois Andrea!
ANDREA. ¡Nunca lo seré tanto como la ilustre princesa que ha penetrado en mi habitacion!
ELEONORA. ¡Lo fuí!... La hermosura es la flor en la primavera ; brilla mucho, pero dura poco.
ANDREA. ¿Qué importa?
ELEONORA. El viento de la desventura, la deshoja ó la seca.
ANDREA. ¿Sois muy desgraciada?
ELEONORA. Nací con mala estrella; crecí en el abandono y la lisonja, y entré en la sociedad á los primeros albores de la juventud, precedida de un gran nombre. El capricho de mi familia me dió esposo en un anciano, y fué para mí el amor una sospecha que desvaneció bien pronto la realidad

de mi esclavitud. Muerto el conde, se desbordó dentro de mi corazon el torrente de mis pasiones, y convirtióse mi reconquistada libertad en desenfreno. El amor no fué desde entonces para mí ese sentimiento dulce en su agitacion, inquieto en su felicidad, melancólico en su alegría y agradable en su amargura, no: el sentimiento de mi amor fué el impulso violento de una voluntad que se vé contrariada; la vanidad sin el límite de la conveniencia, el capricho puesto en accion, el sacrificio de todo con la rapidéz del pensamiento. ¿Amais, Andrea?

ANDREA. Sí, princesa.

ELEONORA. ¿Y de veras?

ANDREA. Con toda la ternura de mi alma.

ELEONORA. ¿Sereis muy celosa?

ANDREA. ¿Qué son celos?

ELEONORA. ¿Qué? El infierno en el alma; la muerte dentro de la vida. No os horroriceis, Andrea; el grito de dolor que parta de mi corazon no será más que el eco sarcástico del dolor que aflija el corazon de otra mujer.

ANDREA. Eso es imposible.

ELEONORA. ¿Qué hariais, Andrea, si vierais al hombre á quien amais, de piedra á vuestra mirada, de mármol á vuestra sonrisa?... ¿Qué hariais si vierais que sus ojos buscaban la lumbre de otros ojos; si vierais, por el movimiento convulsivo de sus lábios, que sus lábios murmuraban otro nombre? ¿Que hariais en fin, si prefiriera á vuestra ternura ardiente y apasionada, la misteriosa adoracion de los recuerdos en la soledad de su retiro?

ANDREA. ¡Oh! ¡Perdonarle... y morir!

ELEONORA. No; matarle y vivir... Pues bien, Andrea; yo sé que amais, y sé que el hombre en quien se ha fijado vuestra inesperiencia de niña, os engaña como un miserable. (*Con intencion.*)

ANDREA. Pruebas, princesa... (*Conmovida.*)

ELEONORA. Las tengo, y os las daré.

ANDREA. Ahora.

ELEONORA. Prudencia...

ANDREA. Ahora...

ELEONORA. No sé si deba...

ANDREA. ¿No veis que me estoy muriendo y que necesito la vida para perdonarle?

ELEONORA. ¿Y qué hariais, si á más de todo eso, Andrea, y en presencia de la mujer que os roba su cariño, se os arrojára ignominiosamente de la sociedad, como se ha hecho conmigo?

ANDREA. ¡Llorar! Y vos, princesa, ¿qué vais hacer?

ELEONORA. ¿Yo? vengarme.

ANDREA. ¿Y en quién?

ELEONORA. He atravesado furtivamente vuestros jardines; he penetrado en vuestra habitacion cubierta del vapor del crímen; herida en el corazon, deshonrada en vuestra presencia, escarnecida por la sociedad, vengo á buscar mi presa, y sentiria me la arrebatase un resto de piedad en mi alma.

ANDREA. Princesa Eleonora, ¿qué exigís de mí? Ningun daño os he hecho; ninguna culpa tengo de la reprobacion general con que se os recibe y se escucha vuestro nombre.

ELEONORA. Andrea, esa reprobacion que sobre mí pesa, y que imprudentemente me recordais, fuerza es borrarla con el llanto del miserable que ha pisoteado mi nombre, y puesto á la vergüenza y al ludibrio mi reputacion... ¿Me comprendeis, Andrea?

ANDREA. Sí, princesa; sois la mas fuerte, yo la mas débil; el ódio brilla en vuestra mirada; la ternura brota de mi corazon; sospecho que la envidia ó el resentimiento van á poner en vuestra mano el puñal del asesino; y á pesar de que la vida á mi edad es el paraiso, me encuentro tan bien á vuestro lado, que me tengo en este momento por la criatura mas afortunada de la tierra.

ELEONORA. Habeis perdido el tiempo; no hay palabras en el lenguaje humano que acierten á herir la fibra de mi sensibilidad... seguidme, Andrea...; mas vale morir jóven que no verse engañada por el hombre á quien se adora; mas vale morir oscuramente ignorada, que no caer de la altura de los príncipes, al cieno de la degradacion... Seguidme... Necesito que paseis la noche fuera de esta casa, que os encuentren, á la mañana, perdida en esas calles; que entreis de dia en el severo palacio de Lady Wilson, manchada en vuestra opinion; necesito que Lady Wilson, os conduzca de la mano, no á vuestro coche, sino hasta el pié de su escalera; necesito, en fin, Andrea, ya que monseñor Carnioli arrojó sobre mi frente mi pasado, echar yo sobre la suya vuestra deshonra. No os resistais; tengo los medios, la voluntad y la fuerza, y llevaré adelante mi propósito. ¿Qué importa que en el fondo seais inocente? La sociedad condena sin apelacion por apariencias. Venid.

ANDREA. ¡Misericordia, princesa!

ELEONORA. Si os resistis, cuando vuelva monseñor, tropezará con el cadáver de su hermosa protegida.

ANDREA. ¡Piedad!

ELEONORA. ¡No la han tenido de mí!

CARNIOLI. ¡Andrea! (*Dentro tocando á la puerta.*)

ANDREA. ¡Cielos! (*Se levanta.*)

Eleonora. Ni un momento mas..... (*Andrea apaga la luz.*) ¡Ah!
Andrea. ¡Socorro, monseñor... Socorro!
Carnioli. ¡Gran Dios! (*Hasta la puerta.*)

ESCENA VIII.

Carnioli.—Princesa.—Andrea.—Arturo.

Carnioli. ¡Luces!...

ESCENA IX.

Carnioli.—Princesa.—Andrea.—Arturo. (*Johnson con luces*)

Carnioli. Retírate.

ESCENA X.

Carnioli.—Princesa.—Andrea.—Arturo.

Carnioli. ¿Qué ibais á hacer, (*quitándola el puñal*) desventurada? ¿Aumentar el catálogo de vuestros crímenes acaso con el mas espantoso que pudierais imaginar?
Andrea. Monseñor, ¡ni un recuerdo que la mortifique, ni una palabra que la ofenda!
Carnioli. He sabido todos los (*en voz baja*) pormenores de vuestro crímen; no es un secreto ya para el gobierno. Paolo María lo ha revelado todo, en los últimos momentos de su vida. Por consideracion á vuestra clase, por el mucho amor que tengo á esta criatura inocente, faltaré á mi conciencia, y protegeré vuestra fuga. Huid, pero sola y á pié, que de otro modo caereis irremisiblemente en manos de la justicia La princesa Eleonora Falconieri solo errante y menesterosa, podrá ganar la frontera de Alemania.
Andrea. ¡Que Dios la asista y proteja!
Eleonora. ¡La fatalidad!... } (*A Carnioli que la acompaña hastá la escalera que conduce al jardin.*)
Carnioli. ¡La providencia!. }
¿No he hecho bien, milord?
Arturo. No.
Carnioli. Su sexo, su gerarquía...
Arturo. Esa es vuestra doctrina, muy diferente monseñor

de la que me ha enseñado Lady Wilson. Como es una princesa no habeis tenido inconveniente en sacrificar vuestra conciencia: si hubiera sido un pobre diablo del populacho, le hubiérais entregado á los tribunales.

Carnioli. No, milord, no es eso. Dejemos á Dios el castigo de ciertos crímenes; no nos anticipemos á su voluntad.

CUADRO SESTO.

Jardin.—Lago en el fondo.—Montañas.—Un sepulcro en medio de la escena cercado de cipreses y de flores.

ESCENA PRIMERA.

SERTORIO.—CARNIOLI.

CARNIOLI. Buenos dias, maestro.
SERTORIO. Buenos dias, monseñor.
CARNIOLI. Os he cumplido mi palabra.
SERTORIO. Y os lo agradezco.
CARNIOLI. Vine á pagaros la visita, y de paso á casar á Andrea con Guillermo... ¡Se quieren mucho!
SERTORIO. ¡Como dos hermanos! Han nacido el uno para el otro; desgracia hubiera sido que la princesa Eleonora...
CARNIOLI. ¡Terrible lance aquel! Aun no me ha salido el susto del cuerpo! En seguida dejé á Viena y á las cuarenta y ocho horas nos encontrábamos Andrea y yo en vuestra casa de campo.
SERTORIO. Quinta que debo á vuestra generosidad, monseñor.
CARNIOLI. No tal, maestro; al canto del Calvario. Alguna recompensa merecia, quien á fuerza de perseverancia y de lecciones dió al génio de Andrés Rossvein la direccion conveniente. (*Cantan dentro.*)

Brilla, ó sol: tu luz hermosa
dore el valle y la colina;
misteriosa golondrina
bato el ala y cruzo el mar;
¡Dios me ayude en mi carrera!
¡quiera Dios que llegue un dia
que recobre la alegría
de mi patria y de mi hogar!
¡Ay de mí!
¡sin patria ni hogar!
¡Ay de mí!
¡dejadme volar!

Carnioli. ¡Esta música! Se me figura haberla oido...
Sertorio. La romanza de la conquista de Granada.
Carnioli. ¡Pobre Andrés Roswein!
Sertorio. ¡Qué quereis, monseñor! No lo he podido remediar. ¡Siempre entusiasta de lo bueno! Nunca envidioso, ni desleal. Yo he popularizado esa melodía entre los montañeses. ¿Y sabeis por qué? Os lo diré tambien. Mirad.
Carnioli. El sepulcro de Marta...
Sertorio. Justamente; ¡el sepulcro de mi pobre Marta! ¡Amaba tanto al Roswein! ¡Acaso esas melodías que trae el viento á su última morada, den movimiento y vida á sus restos inanimados!
Carnioli. ¿Y no os cansais, maestro, de esta vida que llevais?
Sertorio. ¿Cansarme? No monseñor; todo lo contrario. Me levanto con la aurora, y los primeros rayos del sol los recibo ya de rodillas y besando este mármol frio, sagrado para mí. Aquí me paso toda la mañana, hablándola de mi cariño y de su amor; de sus esperanzas y de la música de Roswein; yo me pregunto y yo me respondo: y son tantas las ilusiones que sobre este particular me formo, que se me figura que la pobrecita agradece la prevision de mi cuidado y la oportunidad de estos recuerdos... Ay, monseñor; un viejo de mi edad, es un niño con una carga de años encima.
Carnioli. Maestro, ya es hora; los novios estarán ya esperando con impaciencia.
Sertorio. ¡Ola, ola! Os habeis engalanado, como si se tratase de presentaros en la córte.
Carnioli. El burro de la fábula, cargado de reliquias. ¡Debilidad humana; ¡Flaquezas! ¡Vanidad! Pero quiero dar importancia y cierta ostentacion á las bodas de Andrea. Todas estas cosas, maestro, son en vida, el oropel que tapa el San Benito; y en muerte, las estrellas que hacen más vistosa la mortaja.
Sertorio. Pero sobre todo eso, monseñor, está la opinion.
Carnioli. Ya lo sé tambien; pero me las pongo, porque de este modo consigo que las gentes honradas se fijen en la riqueza de las piedras y en el brillo de los esmaltes, y no se acuerden del hombre que con tales adornos se pavonea.
Sertorio. ¡Qué vejez la vuestra, monseñor!
Carnioli. No, Sertorio; ya te lo dige otra vez. ¡Qué juventud la mia!
Sertorio. Pues, monseñor, confieso, que en mí no producen ningun efecto, ni vuestras cruces, ni vuestras bandas.
Carnioli. Lo creo... ¿Vamos, maestro?...

SERTORIO. Voy de mala gana.
CARNIOLI. Un sacrificio mas en gracia del cariño que os profesa Andrea.
SERTORIO. Vamos, pues.

ESCENA II.

LA PRINCESA ELEONORA.

(*Entra en escena jadeando, apenas puede tenerse en pié; los vestidos rotos y súcios, todo el aspecto de una pordiosera. Se sienta sobre el sepulcro*).

No puedo mas... ¡Ay!... La princesa Eleonora, huyendo de bosque en bosque, de montaña en montaña, tocando de puerta en puerta!... No puedo mas... ¡El cansancio! ¡la fatiga! ¡la debilidad!... ¡Tantas horas sin comer!... ¡Pobre en medio de la opulencia! ¡La fatalidad!... ¡Pocas horas mas de camino, y habré ganado la frontera! ¡Carnioli!... ¡A no ser por él! Se lo agradezco!... ¿De quién será esta quinta?... ¡El recuerdo de mi vida anterior empieza á atormentarme!... ¿Será el remordimiento? ¡No... sin embargo... la agitacion de mi espíritu, la intranquilidad de mi sueño... el miedo con que me acerco á las gentes... esta preferencia que doy á la claridad del dia!... ¡Cuando me mire en un espejo, no voy á reconocerme!... ¡Me dá miedo este recinto! ¡Si pudiera dormir un rato!.. ¡Tengo hambre!... ¡Tengo sed!... ¡El sueño restaurará mis fuerzas!...

ESCENA III.

SERTORIO.—LA PRINCESA ELEONORA.

SERTORIO. ¡Empeño inútil! ¡No me ha sido posible llegar hasta la iglesia¡ ¡Dios le dé buena mano á monseñor Carnioli!... ¡Y qué engalanada la novia! ¡Famosa herencia la espera! ¡La merece por sus virtudes! Eso sí.
ELENORA. ¡Perdon! (*Soñando*).
SERTORIO. ¡La hija de Andrés Roswein y de la princesa Eleonora! ¡Qué vueltas dá el mundo! ¡Qué cosas se ven! ¡Pobre Marta mia!... ¿Quién está aquí? Una mujer... un cadáver...
ELEONORA. ¡Paolo María!... ¡Paolo María! (*Soñando*).
SERTORIO. El nombre del famoso tenor...
ELEONORA. ¡Roswein! Roswein!
SERTORIO. ¡Dios mio! ¿Quién será esta mujer?

Eleonora. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! (*Id. agitacion*). No; jamás. (*Despertándose.*) ¿Quien?

Sertorio. Tranquilizaos... Soy un pobre viejo... ¡Si no podeis teneros en pie! Venid... Venid. (*Hace que se sienta en el sepulcro.*) No tengais cuidado... es el sepulcro de mi hija... ¡Una pobre criatura que fué muy desgraciada y murió muy jóven.

Eleonora. ¡Su hija! ¿Y la mia?

Sertorio. ¿Qué quereis!

Eleonora. Tengo hambre... tengo sed...

Sertorio. Esperadme...

Eleonora. No os vayais; no me dejeis sola... ya no tengo hambre, ni sed... tengo miedo...

Sertorio. ¿De qué?... Señora... á juzgar por vuestras palabras, sois mas de lo que pareceis, ó no sois la que habeis sido...

Eleonora. ¡Buen anciano, Dios os guarde!

Sertorio. Quedaos...

Eleonora. ¡He descansado lo suficiente!... ¡Ay! (*Apoyándose en un árbol*).

Sertorio. ¿Lo veis?

Eleonora. Un vahido. (*Se sienta otra vez sobre el sepulcro*).

Sertorio. Mientras dormiais, vuestros lábios murmuraron dos nombres...

Eleonora. ¿Cuáles?

Sertorio. Paolo María, fuè el primero...

Eleonora. ¡Dios mio!

Sertorio. El segundo Andrés Roswein...

Eleonora. ¿Los conoceis?

Sertorio. Los he conocido.

Eleonora. ¿Quién sois?

Sertorio. Os lo diré. Soy... un viejo de ochenta años... tuve una hija que se murió de tristeza y de amor... Mi hija se llamaba Marta, y yo me llamo Sertorio.

Eleonora. ¡Ah!... Su sepulcro!...

Sertorio. ¡Señora!

Eleonora. Me cuesta trabajo respirar... Siento una opresion...

Sertorio. ¡Paolo María! Tenor famoso! Le conocí en Nápoles: hará de esto diez y seis ó diez y ocho años!... Hombre de malas costumbres, ¡pero afortunado en amores! jugador y pendenciero ¡pero gran músico! Me han dicho que ha muerto de una manera desastrosa... Era natural que así sucediese. ¿Le conociais vos, señora?

Eleonora. Yo, no.

Sertorio. Durante vuestro sueño habeis pronunciado su nombre.

Eleonora. ¡Una casualidad... habreis oido mal... yo me estoy muriendo!...

Sertorio. ¡Andrés Roswein!

Eleonora. ¡Jesus!... ¿Su sombra?...

Sertorio. ¿Qué decis? ¿Qué teneis?

Eleonora. Nada... locuras de una imaginacion calenturienta...

Sertorio. ¡Genio sublime! Escelente corazon, pero débil de carácter... Quiso penetrar de pronto en las asperezas del gran mundo, y sucedió lo qne era consiguiente. Una mujer fria como el hueco de una tumba, y fascinadora como la mirada de una serpiente... El pobre Andrés Roswein pagó con su vida el yerro que cometió su inesperiencia!... Mirad... este es el sepulcro de Marta!... ¡La infeliz! Perdonad, señora: ya sé yo que no os pueden interesar estos recuerdos, ni estas lágrimas que me abrasan las megillas... ¿Qué os importa á vos que yo viva á los ochenta años con los ojos fijos en la tierra y el corazon en el cielo?

Eleonora. No puedo mas... un frio mortal... se oscurece mi vista...

Sertorio. ¡Andrés Roswein! Murió sin saber que dejaba en el mundo la prenda de sus desvaríos! ¡qué hermosa, y qué buena es! ¡Me la confiaron á mí! Yo la he cuidado en su niñez! En este momento se está casando con Guillermo!... Monseñor Carnioli la ha nombrado su heredera... ¡Una hija como un sol!...

Eleonora. ¿Quiero hablarla?

Sertorio. ¿La conoceis?

Eleonora. Quiero darla un beso...

Sertorio. Imposible.

Eleonora. ¡Verla! ¡Nada mas que verla, anciano!..

Sertorio. ¿Quién sois?

Eleonora. Maestro Sertorio... existe aun sobre la tierra una mnjer que ha sido causa de todas vuestras desgracias... Una mujer altiva y presuntuosa, herida en su decoro por la conciencia pública, marcada con el sello de la reprobacion universal... Si esta mujer se arrojase á vuestros pies, la rechazariais, no es verdad?

Sertorio. ¡A mi edad! A mi edad, se recuerdan los beneficios y se olvidan los agravios...

Eleonora. Y si esta mujer, que encontró al nacer sobre su cuna la corona de princesa, perseguida y menesterosa hoy con sed y con hambre y con el frio de la muerte dentro de sus venas os abrazase las rodillas y os dijera... *«Me »muero, no hay esperanza, no hay remedio para mí... »quiero dar un beso á mi hija.. uno solo...»*

SERTORIO. Seriais vos?...
ELEONORA. Yo soy... yo soy la Princesa Eleonora Falconieri.
SERTORIO. ¡ Jesus!
ELEONORA. ¿Qué haceis ?
SERTORIO. Suplicar á mi hija que alcance de la justicia de Dios el favor que á mí me pedís...
ELEONORA. Entonces... ya lo sé... si apela á su justicia, me moriré sin abrazarla...
SERTORIO. ¡ Ah! Animo, princesa... ella se acerca...
ELEONORA. Ella... Ella... no la digais quien yo soy... ¡se avergonzaria!... Ella... á ver... quítate de delante anciano, quisiera tener cien ojos... ¡Andrea!... Oh! me doy horror á mi misma!

ESCENA ULTIMA.

ANDREA.—CARNIOLI.—GUILLERMO.—LA PRINCESA ELEONORA
MONTAÑESAS Y MONTAÑESES.

CARNIOLI. ¡ Ella aquí! La Providencia! Mira...
ANDREA. ¡Pobre mujer!
(*Dentro*). (*Aquí la cancion de la primera escena*).
ELEONORA. ¡Gracias, Carnioli!... ¡Mi hija!... ¿no es verdad? ¡Un beso!... ¡Un beso!... ¡Ah!
(*Eleonora quiere besar á Andrea, pero al incorporarse para hacerlo cae muerta.*)
CARNIOLI. Sin dar un beso á su hija! ¡Qué castigo! ¡Qué espiacion! ¡Hay providencia!
